

# Contra corriente: los gitanos luchan por su supervivencia

por **D. Juan de Dios Ramírez-Heredia**

*Conferencia pronunciada  
el 2 de febrero de 1999*

Forum Deusto



## Contra corriente: los gitanos luchan por su supervivencia

por Juan de Dios Ramírez-Heredia\*

Les voy a hablar esta noche con un rigor que haga honor a la ilustre casa que nos alberga pero, al mismo tiempo, me van a permitir que junto a él exista y se manifieste, con la misma fuerza, el sentimiento humano de la fe que uno tiene en aquellos principios en los que cree y en la doctrina en la que uno fundamenta su acción de todos los días. Me encanta el título que habéis escogido para este ciclo, porque llevar a la práctica el contenido que en él se trasluce sería como propiciar, ya desde el principio, una convivencia de tolerancia y de respeto mutuo entre la gente. Uno lleva mucho tiempo luchando y deseando que la gente se quiera, pero hay un momento en el que te conformas, y no es poco, con que la gente se respete. Si somos capaces de convivir con las culturas minoritarias, conseguiremos una sociedad mayor y plural, basada en el respeto mutuo, en la mutua tolerancia y seguro que, a partir de ahí, estaremos poniendo los cimientos para esa sociedad del respeto y del amor entre unos y otros. Desde estos planteamientos, si ustedes quieren utópicos, deben juzgar todo lo que voy a decir y las respuestas que posteriormente daré a sus preguntas, si me hacen el honor de formularme alguna.

Lógicamente, hablar de gitanos me obliga a ofrecerles unos cuantos datos para centrar mi intervención. La población gitana mundial está

---

\* Juan de Dios Ramírez-Heredia es Presidente de la Unión Romani Española desde su fundación, en 1986. Nació en Puerto Real, Cádiz, y se licenció en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona. Entre 1970 y 1990 fue Director de la Escuela de Readaptación Profesional «San Juan Bosco» de Barcelona. De su actividad política cabe destacar que entre 1977 y 1986 fue Diputado al Congreso, en 1983 fue designado Miembro de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa y en 1995 Miembro Honorario del Consejo de Europa. Ha sido además Diputado al Parlamento Europeo de 1986 a 1994. Ramírez-Heredia es autor, entre otras, de *Nosotros los gitanos* y *En defensa de los míos*.

calculada aproximadamente en unos doce millones y medio de personas. Este es un dato sorprendente para muchas personas que nunca se pudieron imaginar que los gitanos fuéramos tantos. Estos doce millones y medio se distribuyen a lo largo del mundo de manera diversa: en América viven unos dos millones y medio de gitanos, repartidos por igual entre Estados Unidos y América del Sur. Los restantes diez millones vivimos en Europa, aunque solamente dos millones en países miembros de la Unión Europea. España es el país que alberga mayor número de gitanos, con una cifra que, desde el rigor, ronda las 600.000 personas. El resto de los gitanos viven en la parte oriental de Europa, la mayoría de ellos en Rumanía. Este país cuenta con la mayor población gitana del mundo, cifrada en tres millones de ciudadanos, aunque en este caso los datos oficiales se sitúan muy por debajo de esta cantidad. Le sigue Hungría con unos 800.000, Chequia y Eslovaquia con otros 800.000, mientras que la sufrida Yugoslavia llegó a tener 1.200.000 gitanos, víctimas de un éxodo terrible durante la guerra. Somos una población importante y, además, creemos que tenemos una fuerza cultural que merece, como mínimo, la atención de estudiosos e investigadores. Los gitanos somos una comunidad con la que los ciudadanos se cruzan cada día, pero ciertamente somos uno de los grupos más desconocidos del universo. Se habla de gitanos, pero pocos saben de verdad cómo somos.

Los gitanos constituimos una sociedad distinta con unos valores propios, con una cultura y una tradición que hemos sabido mantener a lo largo de los siglos contra viento y marea, y que constituye, hoy por hoy, uno de los secretos más importantes de la sociedad moderna, por razones dispares que analizaremos a continuación. Pero lo cierto es que este grupo humano ágrafo, que jamás escribió una línea sobre su manera de ser y de actuar, ha sabido mantener por vía oral las costumbres y las tradiciones de un pueblo que tiene, hoy por hoy, en esa tradición y cultura su mayor tesoro. Los gitanos no tenemos fábricas que defender, ni emporios económicos que puedan, de alguna manera, marcar una línea de comportamiento o actividad comercial, sólo tenemos nuestras leyes, costumbres y tradiciones, aquello que nos personaliza y nos singulariza y que constituye, a mi manera de entender, un patrimonio no sólo exclusivo de los gitanos, sino de la humanidad. Y éste es uno de los grandes retos a los que nos enfrentamos los gitanos hoy en día.

Queremos preservar nuestra cultura y nuestras señas de identidad. Pero al mismo tiempo, queremos comunicarlas y abrirnos a la sociedad. Sabemos que en la medida en que nuestra cultura es una cultura viva y

que evoluciona, podremos tener mayores garantías de mantenerla si hacemos a más personas partícipes de esa realidad y personalidad colectiva. Nos da miedo pensar cómo pueblos tan importantes como el griego o el romano han desaparecido. Sabemos de ellos tan sólo por los libros de historia. Es sorprendente que un pueblo como el gitano haya sido capaz de subsistir durante tantos años a pesar de la cruel persecución a la que ha estado sometido a lo largo de tantos siglos.

El pueblo gitano nació en la India, en la actual frontera entre Pakistán y la India, a orillas del río Indo. Recuerdo la primera vez que visité esas tierras con la ilusión de ver el lugar donde habían nacido mis antepasados, en la región de Sandigar, cuya capital es el Punjab. Si tuviéramos que dividir la historia del pueblo gitano en unos bloques que, de alguna manera, conformaran su devenir, yo diría que hay una protohistoria, una prehistoria y una historia del pueblo gitano. Tal vez la primera de estas épocas debe empezar sabe Dios dónde y cuándo, y se prolonga hasta el siglo x, cuando tuvo lugar la invasión del Emperador del Mogol en la India. En ese momento se inicia el éxodo del pueblo gitano y de lo anterior, no se sabe nada. Todo son especulaciones. Nadie habla de los gitanos, ni los identifica como un grupo concreto en el que los gitanos de hoy nos podamos ver reflejados.

Indudablemente, teorías hay tantas como ustedes quieran. Desde las cómicas, que dicen que los gitanos procedemos de la primera mujer de Adán (no de Eva), y que por este motivo no estamos condenados a la pena del trabajo, hasta los que creen que el pueblo gitano pertenece a una de las tribus de Israel dispersas por el mundo. La imaginación es libre y teorías he leído como mínimo una docena, a cual más curiosa. Pero la prehistoria del pueblo gitano empieza verdaderamente a partir de la invasión del Emperador del Mogol, y se extiende hasta el año 1302, cuando por primera vez aparece la palabra «gitano» en un documento. Esta primera referencia explícita se encontró en un monasterio de la isla de Korfú, en Grecia.

No se habla de gitanos desde el siglo x hasta comienzos del siglo xiv, pero se nos ve. Se ve al pueblo que sale de la India y llega hasta Grecia, y vamos tomando palabras persas, de Irán, de Afganistán, y se va así conformando nuestro idioma, enriqueciéndose. Por otra parte, se va conformando en esta salida de la India hacia Occidente una cierta cultura del nomadismo, perfectamente escenificada en nosotros. Los gitanos se asientan en Grecia, donde permanecen mucho tiempo. En nuestra lengua, por ejemplo, de puras raíces sánscritas, los números son en griego, asimilados del griego. Una de las palabras mayormente

conocidas de nuestro idioma es «drom», el camino, una palabra griega, y cuando nos despedimos decimos «lachó drom», utilizando una palabra sánscrita para decir «bueno» —lachó— y una griega para «camino» —drom—.

A partir de 1302 empieza la historia documentada del pueblo gitano. Desde entonces, múltiples escritos hacen referencia a ese pueblo pintoresco que va atravesando los caminos de Europa, parándose en los lugares más insólitos. Los alegres colores de los vestidos de sus mujeres adornaban las plazas de los pueblos por donde pasaban, donde animaban la vida de sus vecinos con espectáculos en los que intervenían monos, cabras, tambores, y en los que no faltaban las viejas gitanas leyendo el porvenir en la palma de la mano. En lo que respecta a España, el primer documento que da fe de la llegada de los gitanos a nuestro país está guardado en el Archivo de la Corona de Aragón y data del 12 de enero de 1425. Es un pergamino firmado de puño y letra por el Rey Alfonso V el Magnánimo, en el que da permiso a un tal Tomás y al Conde Juan de Egipto Menor, que iba en peregrinación a Santiago de Compostela, para llegar a su destino. En el documento se menciona también que no se trataba de un gitano pobre: venía acompañado por mucha caballería, oro y plata, y traía consigo a buena parte de su familia y de sus deudos. Por este motivo, cuando algunos racistas actuales llaman extranjeros a los gitanos, se les puede contestar que si alguien tiene derecho a considerarse artífice de esta realidad que se llama España, somos también los gitanos. Así es que no somos advenedizos, y en esta tierra reivindicamos con legítimo derecho lo que en justicia nos corresponde en pie de igualdad con el resto de los ciudadanos españoles.

En relación con este tema hay una confusión que merece ser clarificada: la que atañe al Conde Juan de Egipto Menor. Muchas veces se ha pensado que los gitanos proveníamos de Egipto, por la derivación etimológica del término «gitano», «egiptere», «egipcien», que se ha venido haciendo hasta ahora. Y es cierto que la derivación etimológica de la palabra es ésta, pero, al mismo tiempo, hay que recordar que lo que actualmente es Turquía se llamaba antiguamente Asia Menor o Egipto Menor, y esa es un área por donde los gitanos tuvieron que pasar. De ahí el malentendido. Si a todo esto se le añade el folclore de las zarzuelas y del faraón y de todo lo que ha representado el estereotipo del gitanismo llevado a los escenarios, del que también España y los españoles se han venido aprovechando, la confusión aumenta. Durante mucho tiempo, los gitanos hemos sido una buena estampa para la

imagen turística de nuestro país y se nos ha presentado ante el mundo de tal manera que, al final, para gloria o deshonra de nuestro pueblo, mucha gente piensa que todos los españoles son toreros y saben tocar la guitarra y bailar. De esta utilización de nuestra imagen, por cierto, no hemos cobrado ni una sola peseta de royalties.

Aclarado este punto, voy a profundizar en algunos aspectos más relacionados con el ámbito social, como la lucha del pueblo gitano por el mantenimiento de sus señas de identidad y, especialmente, los esfuerzos de los gitanos por dejar de ocupar el último lugar en el ranking del progreso en este país. La Unión Romani y todos los gitanos que estamos al frente de este movimiento pretendemos combatir estos problemas con dos objetivos. Por una parte, queremos conseguir en igualdad de derechos y deberes el disfrute de los bienes que la sociedad es capaz de producir, y lo que de verdad nos corresponde como ciudadanos de pleno derecho de Europa y de España.

Y esto lo hacemos conscientes de que a lo largo de tantos años se ha cometido con los gitanos una tremenda injusticia. En el año 1977, cuando yo fui por primera vez diputado por Barcelona y tuve el inmenso honor de firmar la Constitución española, recuerdo que mi adversario de todos los días era el pobre director general de EGB de entonces, al que tenía sacrificado con mis intervenciones parlamentarias y con mi lucha constante desde el Congreso de los Diputados. Porque en 1977 los niños gitanos no tenían una plaza escolar, pero muchos niños que no eran gitanos tampoco. En 1977, el derecho a la enseñanza no era un derecho que realmente lo pudieran ejercer de verdad todos los españoles. Y yo batallaba intensamente para conseguir que los niños gitanos pudieran ejercer de verdad su derecho, real y no teórico, a la educación. En el año 1977 el índice de analfabetismo de la población gitana española era del 80 %.

Se preguntarán qué clase de fuerza tiene este pueblo para haber mantenido sus señas de identidad en un analfabetismo profundo, en una ceguera total y absoluta. Y si esta cifra la comparamos con el resto de Europa, vemos que los datos son similares. Asombrosamente, las tradiciones de este pueblo analfabeto se han mantenido junto a una seña de identidad tan importante como es el *romanò*, la lengua gitana hablada por estos 12 millones y medio de gitanos del mundo, que nos permite podernos entender, saber lo que está diciendo un gitano de Rusia o Checoslovaquia, tierras en las que nunca hemos estado o cuyos idiomas desconocemos absolutamente.

Transcurridos más de veinte años de democracia, hemos logrado bajar ese listón del analfabetismo gitano y hoy está situado —sigue siendo una cifra pavorosa— en el orden del 45 % al 50 %. Dicen los científicos que el analfabetismo es una lacra que no desaparece de la noche a la mañana. Es necesario que transcurran como mínimo tres generaciones, generaciones estructurales de 15 años cada una, lo cual nos hace pensar que todavía tienen que transcurrir otros 25 años más para que desaparezca por completo el analfabetismo en nuestro pueblo.

Esta es la realidad en la que nos estamos moviendo. Por eso, queridos amigos, os digo que en este afán de convivencia, en la pluralidad de las culturas minoritarias insertas en las culturas mayores, como pueda ser la cultura española con respecto a la cultura minoritaria gitana, nosotros tenemos muy clara esa doble acción de lucha y de esfuerzos constantes. Queremos luchar para que desaparezca el analfabetismo, pero eso representa luchar contra la profunda injusticia con la que todavía sigue siendo tratado el pueblo gitano.

Todavía hay quien identifica la mentira, el robo y el engaño con el pueblo gitano. Hay quien todavía cree que todos los gitanos somos ladrones, que todos los gitanos somos mentirosos, que todos los gitanos somos seres incívicos. Es triste y lamentable pensar que todavía se oye en la calle como la buena madre española amenaza a su hijo para que sea bueno, porque si no vendrá el gitano y se lo llevará. O como dicen: «niño, lávate, que vas más sucio que un gitano». ¿Por qué se identifica todavía con todo un pueblo maneras de ser y de actuar que comportan, indudablemente, el rechazo, la separación y el desprecio de la mayoría? ¿Por qué en los medios de comunicación social sigue apareciendo la palabra gitano vinculada a la descripción de cualquier hecho delictivo e incívico, cuando el decir la palabra ni ilustra ni añade nada a la descripción del hecho noticioso que se está refiriendo? Antes al contrario: perjudica a todo un pueblo porque sigue alimentando la creencia de que todos los gitanos somos iguales.

Creo que ante un auditorio tan selecto como este no es necesario insistir en que Dios nuestro Señor, cuando creó al género humano, no le dio todas las virtudes y los defectos a un mismo grupo. Las repartió entre todos. De modo que buenos y malos los hay en todas partes. Honestos y deshonestos los hay en todas partes. Una verdad de perogrullo. Pero, ¿será necesario tener que seguir repitiéndola hasta la saciedad? Los gitanos seguimos siendo la mala conciencia del payo. Todavía hay quien ve en nosotros esa imagen estereotipada que tanto daño



nos hace. Y como consecuencia de ella hemos venido sufriendo a lo largo de los siglos las más crueles persecuciones.

La primera de todas ellas empieza en España, con la pragmática que los Reyes Católicos, a instancias del Cardenal Cisneros, publican en Medina del Campo en el año 1499. Terrible pragmática en la que se condena a los gitanos a vivir esclavos de señores conocidos y a no poder salir de los 47 municipios que se les asignó en España. Se les condenaba a 100 ó 200 azotes en la plaza pública cuando se les cogía fuera del término municipal que se les había asignado, les cortaban las orejas cuando eran cogidos por segunda vez, o les condenaban a remar en galeras hasta el resto de su vida cuando por tercera vez habían cometido el terrible pecado de salir de sus municipios. Estas persecuciones están jalonadas en los libros de historia y en los documentos que están en los archivos más importantes de nuestro país y de Europa.

Este calvario culmina en la más cruel de todas las persecuciones, que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial. Los gitanos también fuimos víctimas del horror nazi y medio millón de ellos murieron víctimas del nazismo más odioso durante este período tan reciente de la historia del mundo. Las crónicas del horror contra el pueblo gitano ponen, realmente, los pelos de punta: en los bosques de Bolonia más de 4.000 gitanos murieron fusilados en una misma noche; para ahorrar municiones, a los niños pequeños les destrozaban la cabeza contra los troncos de los árboles. Existen documentos que salieron a relucir en el proceso de Nuremberg, y que luego pasaron desapercibidos, porque en aquella época nadie se cuidó de darles la publicidad que deberían tener. Estamos contemplando estos días horrores en Africa, en esta guerra fratricida en Sierra Leona, estamos viendo como la gente se mata en Kosovo y en las regiones más cercanas a nuestro país en un guerra de limpieza étnica absolutamente reprobable. Pero el pueblo gitano ha padecido, y sigue padeciendo todavía, el horror terrible de una persecución cruel.

El famoso director de cine Emil Kusturica me contaba un día en Berlín, hace ya muchos años, el testimonio de un viejo gitano que asistió a una masacre contra su familia. Dice este gitano que los nazis habían cogido a dos grupos, uno de judíos y otro de gitanos, para fusilarlos, en unos bosques cercanos a la capital de Hungría. Los llevaron a la parte más frondosa del bosque, apartaron a los judíos de los gitanos y empezaron por los judíos. Les dieron palas y picos para que ellos mismos cavaran la zanja donde, posteriormente, serían enterrados. Les

quitaron las ropas, los desnudaron, y ese pueblo judío, levantando sus manos al cielo, desnudos, lloraban e imploraban a Jehová el perdón por sus pecados mientras sonaban las metralletas, que segaron sus vidas. Cuando llegó el momento de fusilar al grupo de gitanos que estaban allí, entre los que él estaba, aunque finalmente pudiera escapar escondiéndose detrás de un árbol, la escena fue infinitamente más dantesca. A mí me horroriza, pero me hace sentir profundamente orgulloso de mi pueblo. Porque en aquel momento, cuando los nazis entregaron a los gitanos los picos y las palas y les obligaron a desnudarse para quitarse las prendas de valor que tenían, los gitanos y las gitanas saltaron como lobos, les arañaron en la cara, les mordieron en los ojos y pelearon como animales en celo, luchando por su vida. Y murieron acibillados mientras luchaban por mantener su dignidad. La sociedad no puede olvidar que esto ha sucedido, y cuando hoy se habla de racismo y xenofobia no se pueden olvidar estas escenas.

Quiero decir, en defensa del pueblo alemán, que no creo que los alemanes sean racistas. No creo que el pueblo alemán un día fuera un pueblo noble, altruista, sincero, generoso y, de la noche a la mañana, se convirtiera en un pueblo asesino. Posiblemente, en las leyes de la economía podríamos encontrar explicaciones muy serias, y creo que con un cierto rigor, de la transformación de aquel pueblo al que en un momento determinado se le puso una venda de sangre en los ojos y permitió que aconteciera lo que estamos refiriendo. Hitler no apareció de la noche a la mañana, Hitler era un ciudadano que supo administrar perfectamente los sentimientos más perversos del género humano en su propio.

Las sociedades necesitan encontrar el chivo expiatorio, necesitan saber dónde está el culpable y, cuando hay paro, es necesario decir que vienen los negros de África y que nos están quitando el trabajo, aunque sea mentira. Porque las sociedades actúan así, inconscientemente y sin elementos correctores, y si, al mismo tiempo, hay quien instiga esos sentimientos en beneficio propio, no es extraño que, llegado un momento, los judíos hubieran constituido para el pueblo alemán el referente inmediato causante de todos sus males. A partir de ahí echen ya su imaginación a volar. Por eso yo suelo decir a los jóvenes que en la lucha contra el racismo y contra la xenofobia no se pueden usar paños calientes. Los jóvenes, sobre todo, tienen que ser militantemente antirracistas, a los racistas ni agua.

Durante los años en que he trabajado en el Parlamento Europeo reconozco que mi principal adversario, con quien he tenido batallas

dialécticas muy duras, ha sido ese ogro vecino nuestro, ejemplo y personificación de todo lo malo que estoy diciendo, llamado Jean Marie Le Pén. El tenerle delante de mí y escucharle desde la legitimidad democrática que, indudablemente, él tenía como representante de un sector del pueblo europeo, era una dura prueba. Le escuchaba defender las ideas más oscuras, más rancias y más separadoras, envueltas en el celofán de una cultura europea, o francesa en su caso, que según Le Pén es superior. Por todo ello, la Unión Romaní sigue luchando, en la medida de lo posible, por hacer prevalecer esos principios de justicia social a los que me estaba refiriendo anteriormente.

Queremos dejar claro que para nosotros la reivindicación de nuestros derechos sociales constituye inapelablemente la primera de nuestras actividades. Si no garantizamos que nuestros niños vayan a la escuela, con un ejercicio real y no teórico de ese derecho; si no logramos vencer a los políticos, y especialmente a los políticos municipales, de que están desarrollando contra nosotros, los gitanos, una cruel persecución cuando no nos dejan ejercer libremente el derecho a la venta ambulante, se está condenando a la miseria e induciendo a la delincuencia a muchos padres de familia. Si he agotado todas las posibilidades de mantener con dignidad a mis hijos, robaré. Y a partir de ese momento eso ya no es pecado. Gracias a Dios cuando los gitanos han robado algo, han robado una gallina o han cogido unas cuantas frutas en un campo para dar de comer a sus hijos ese día. Todavía estoy esperando ver en la crónica de sucesos a los gitanos de cuello blanco que se han enriquecido con los aceites de Redondela, con las especulaciones terribles con las que normalmente los payos se suelen enriquecer. Pero existe una diferencia, y es que al gitano, con sus manos negras, por coger una gallina le condenan a unos cuantos años de cárcel, mientras que los otros no sólo no van a la cárcel, sino que son saludados reverentemente.

Así de hipócrita es nuestra sociedad y alguien tiene que decirlo. Nosotros luchamos por la desaparición de esos sambenitos que nos dan una imagen que en justicia no nos corresponde, pero al mismo tiempo, exigimos ser tratados con una igualdad discriminadoramente positiva. Es necesario reparar tantos años de separación, de persecución, de falta de igualdad de oportunidades para que nuestros niños puedan hoy defender su cultura y su personalidad colectiva con las mismas armas con que lo hace el pueblo no gitano.

Para terminar, diré dos palabras sobre el segundo frente de lucha de la Unión Romaní, un proyecto del que ahora os voy a hablar y que, para no-

sotros, constituye uno de los elementos más importantes de reafirmación cultural y de divulgación de nuestra personalidad colectiva. Acaba de salir de la imprenta hace escasamente una semana con el objetivo de dar respuesta a una infinidad de preguntas sobre nuestro pueblo: se trata del CREIDA, que corresponde a las siglas Centro Romanò Europeo de Información y Divulgación Antirracista. En él puede hallarse toda la información disponible sobre el pueblo gitano: ¿cuántos libros existen sobre gramática gitana?, ¿qué se sabe de la vida de los gitanos en Polonia?, ¿viven gitanos en Nueva Zelanda?, ¿cuántas revistas gitanas se editan actualmente en Europa?, ¿qué dicen los políticos sobre los gitanos en el Parlamento Europeo?, ¿cómo puedo contactar con expertos en lingüística gitana?, ¿dónde puedo encontrar películas sobre la vida de los gitanos?, ¿existen postales, folletos, carteles, relacionados con los gitanos en Hungría?

El reto es conseguir que los gitanos, y en este caso los gitanos españoles, seamos los depositarios, a nivel mundial, de toda la información disponible sobre nosotros. En algunos casos porque tenemos esta información en nuestras bases de datos, mientras que, en otras ocasiones, sabemos dónde están y, por lo tanto, podemos orientar al investigador para la búsqueda y el encuentro del documento en cuestión. El CREIDA tiene tres bases de datos magníficas: una documental, otra bibliográfica, y una tercera audiovisual, a través de las cuales, por todos los índices y descriptores imaginables, podemos tener conciencia de todo lo que existe sobre gitanos en el mundo. A nosotros nos gustaría llegar a poder decir que todo lo que no está en el CREIDA no existe. Es la gran ambición de los gitanos europeos, liderados por los gitanos españoles, la de ser nosotros, desde el rigor intelectual y universitario, quienes seamos capaces de poner en marcha un proyecto magnífico de esta envergadura.

Hay un precedente importante en París, en la Universidad de la Sorbona, donde una persona que conozco desde hace muchos años, que no es gitano pero está enamorado del pueblo gitano, está capitalizando en gran medida esta acción. Pero las propias autoridades europeas dicen, con buen criterio, que esto debe estar en manos de los gitanos. Posiblemente, hace muchos años, no habría gitanos suficientemente formados para ser ellos los administradores de su propio patrimonio cultural. Hoy día ya los hay, y las autoridades académicas europeas están dispuestas a ayudar financieramente para que este proyecto pueda llevarse a cabo. El proyecto ya está en marcha.

La Unión Romaní ha firmado un convenio de colaboración con la Universidad de Sevilla para llevar a cabo proyectos magníficos, aunque siempre desde el rigor universitario, para darle a nuestra actividad el

signo y reconocimiento que exige. En este convenio participan dos representantes de la Universidad, dos de la Unión Romani y dos del gobierno de Andalucía. Pero yo no quiero que esto se haga única y exclusivamente desde Sevilla. Pretendo crear una red importante de Universidades europeas para que formen parte de este proyecto, ya que, al tratarse de una comunidad de 12 millones de personas repartidas por toda Europa, parece necesario que también desde la Universidad se dé el paso de ayudar a este pueblo. Y queremos hacerlo comprometiendo a sus mejores cabezas que, por vocación, se dediquen al ámbito de la ciencia y de la investigación, para aportar su sabiduría, sus criterios, y su colaboración en la realización de muchos programas.

Hay cinco Universidades españolas con las que a mí me gustaría empezar esta red. Empieza en Sevilla porque, lógicamente, allí viven la inmensa mayoría de los gitanos de España, pero aspiro a que luego cinco Universidades más, concretamente la Complutense de Madrid, la Universidad de Barcelona, la Universidad de Salamanca y Deusto, sean las cinco Universidades capaces de integrar ese proyecto de rigor en la investigación de una cultura centenaria, magnífica, en la divulgación de sus contenidos, y en la realización de programas culturales y sociales que hagan posible la superación de tantos años de marginación y de miseria.

Gracias queridos amigos por haberme escuchado con tanto interés. Os pido disculpas por la emoción con que en algún momento, tal vez, mis palabras se han visto alejadas del sosiego con el que tenían que haber sido expuestas. Pero tal como os dije al principio, quería, intencionadamente, que no sólo se expresaran mis conocimientos, sino también mis sentimientos. Los gitanos aspiramos a convivir con el resto de la sociedad, queremos convivir en las calles de nuestros pueblos y ciudades sabiendo que el roce de las mangas de nuestros vestidos es capaz de provocar, entre unos y otros, un sentimiento de cariño y de respeto.

Además, existe algo mucho más importante en lo que yo creo: el mestizaje. El mestizaje es, en definitiva, lo que hará posible que vivamos en una sociedad única y común. Hay mucha gente que no cree en ello, como los racistas, por supuesto, pero posiblemente el mestizaje sea, a la larga, la única solución que el mundo tendrá, y no únicamente los gitanos, para la supervivencia de la cultura de Occidente. No olviden, hombres y mujeres, que actualmente las mujeres de Occidente no tienen hijos. Los índices de natalidad en la Europa Occidental son mínimos y estamos en una sociedad que envejece, en la que hay más muertes que nacimientos. No se produce ni siquiera la renovación necesaria

para que dentro de cincuenta años seamos los mismos. Mientras tanto, la gente de otra cultura y de otros continentes seguirán viniendo. Es un hecho difícil de aceptar pero que hay que empezar a asimilar.

Hace unos días, unos demógrafos se reunieron en Zaragoza e hicieron un estudio de la natalidad en Cataluña. Llegaron a la conclusión de que en el transcurso de los próximos seis años vivirán en Cataluña un millón de ciudadanos del Magreb. Hace diez años oí decir a un ilustre político en Estrasburgo que en el transcurso de los próximos años entrarían en Europa 25 millones de ciudadanos extracomunitarios. Y aunque pongamos alrededor de las fronteras europeas una alambrada electrificada, igualmente entrarán, porque el hambre tiene mucha más fuerza. La riqueza mundial está en manos del 20 % de los ciudadanos, mientras que el 80 % restante está pasando hambre y miseria, y no están todos en África ni en Asia. Están aquí en Bilbao, en algunas partes de esta importante ciudad, y en el resto de España. Si nosotros somos capaces de ejercitar la solidaridad desde el respeto humano y nos convertimos en avanzados de esa lucha social, desde el rigor y, repito una vez más, desde el equilibrio, posiblemente el futuro sea mucho más esperanzador. Muchas gracias.